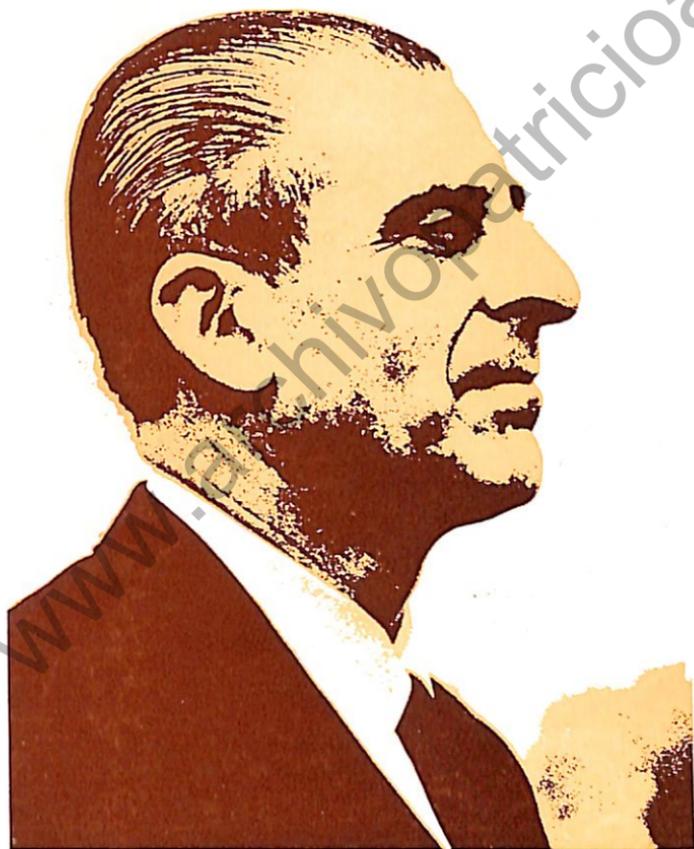


4405

EDUARDO FREI

OSCAR PINOCHET
DE LA BARRA



56

SERIE HEROES DE
NUESTRO TIEMPO

EDITORIAL
SALESIANA

56

SERIE HEROES DE
NUESTRO TIEMPO

EDUARDO FREI

OSCAR PINOCHET DE LA BARRA

EDITORIAL SALESIANA

EDUARDO FREI

Derechos reservados

Inscripción N° 60.050

1ª Edición

Julio de 1984

Con las debidas licencias

Editorial Salesiana

Erasmus Escala 2334

Santiago, Chile

Impresor:

Salesianos, Bulnes 19

Santiago, Chile

Se terminó de imprimir en el mes de julio de 1984.

En Lontué toma contacto con Chile

Debe haber parecido una familia más de clase media. El padre, alto, de aspecto extranjero, llevando de la mano al hijo mayor, un muchachito de tres años; la madre, joven, animosa, con una criatura de pocos meses en brazos.

El paisaje, un mar ondulado, pero de viñas verdes, en el valle central, con largas alamedas, con caminos polvorientos sin más vehículos que las carretas. Ah, eso sí, con un ferrocarril que es el gran personaje que comunica al Chile de entonces.

El año, 1914. Un año que la humanidad no olvidará. Tampoco la familia Frei, aunque por distintas razones. Es que el padre ha sido contratado por la Viña Lontué en calidad de contador y el muchachito pasará en esa parte del país, hasta 1919, los mejores años de su vida.

Así comienza esta historia verdadera, a veces emocionante, siempre llena de humanidad, de Eduardo Frei Montalva, hijo de Eduardo Frei y de Victoria Montalva. El otro hermanito se llama Arturo. Una hermanita, Irene, nacerá en Lontué y en esa forma la familia quedará completa.

Su padre era un ciudadano suizo, de Zurich, que había llegado a Santiago con el propósito de permanecer aquí un corto tiempo. Su matrimonio, a comienzos de 1910, y el

nacimiento de los dos primeros hijos le hicieron decidirse por un contrato en Lontué, en una zona de gran importancia vinícola. La vida en el campo, además de tranquila, sería barata. Un europeo sabe apreciar mejor que el chileno las ventajas del medio rural. Recién casados, dos hijos pequeños, Lontué pareció el sitio ideal.

Pronto Eduardito fue a la Escuela Pública del lugar. "Tenía un solo traje y los zapatos rotos", dirá después. Algo que a esa edad nunca es muy importante. En cambio, fue una suerte que el niño asistiera a la Escuela Pública y tomara contacto directo con el pueblo, al que irá conociendo desde dentro. Sus compañeros fueron los hijos de los campesinos, de los obreros agrícolas. El muchachito creció sintiendo que más allá de las apariencias que el dinero acentúa, existe la hermandad básica del ser humano, con sus necesidades y sus anhelos.

Luego del colegio, de las clases un poco aburridas, había tiempo, mucho tiempo, para volver a casa con el bolsón al hombro, para observar sin apuro, para tomar contacto directo con la naturaleza. El muchachito fue formando una personalidad introvertida. En Lontué existía una realidad auténtica, más valiosa que tanta banalidad propia de la ciudad. El retraimiento lo heredó asimismo del carácter paterno. Tenía solamente siete a ocho años, edad en que las circunstancias de la vida producen profunda huella en las personas. "Creo que algo me dejaría adentro, aunque no sea muy conscientemente, esa primera etapa de mi vida", declaró en la entrevista **De Profundis**, de Rodolfo Garcés, a la que acudiremos en más de una oportunidad.

Termina su educación en Santiago

Finalizada la Primera Guerra Mundial, su padre dejó el cargo en la Viña Lontué. Los cinco años habían pasado volando. En 1919 toda la familia volvió a Santiago y desde ese momento las cosas fueron cambiando para el niño, que mirará los árboles y añorará su campo, que sufrirá los ri-

gores del verano y echará de menos esa suave brisa refrescante en las tardes de calor.

Su colegio era ahora el Seminario Conciliar. Lo peor es que estaba interno y eso le daba motivos de melancolía. Echaba de menos, especialmente, a su madre. De ella dirá: "Adoré a mi madre y admiré a mi padre. Mi madre era realmente una mujer extraordinaria". Claro que estando en el Seminario debía contentarse con una salida mensual. Los días iban tan despacio... si no hubiera sido por la cancha de fútbol donde hizo sus primeras armas de deportista, la soledad le habría sido inaguantable. Pasaron así tres años. En 1923 su familia lo puso en el Instituto de Humanidades Luis Campino. Tenía 12 años y a los 17 saldría del colegio convertido en bachiller.

Su vida de estudio, particularmente en Santiago, fue para él motivo de alegría, aunque no al principio. "Yo era un niño muy 'pavo'. Se reían mucho de mí porque era muy ingenuo. Bastante mal alumno. Tal vez el más porro de la clase, hasta el segundo año de humanidades, en que gracias a la preocupación de mi padre y de mis profesores comencé a enriermarme y a tomarle el gusto a lo que estudiaba. Y realmente cambié..." Donde en realidad cambió fue en el nuevo colegio.

Lo que no cambiaba era la difícil situación económica familiar. Un compañero de esos días relató: "En la mañana hacía un frío horrible y Frei llegaba con las manos en los bolsillos y una bufanda al cuello por todo abrigo". Una vez enfermó gravemente y quienes lo visitaron dijeron: "los que fuimos a verlo medimos la modestia en que vivía; más que modestia, casi pobreza". Para él había otras razones de vida; algo en el ambiente, en sus compañeros, en sus profesores que, paulatinamente, le hicieron comprender y gustar de la vida colegial. "Difícilmente puedo decir lo feliz que fui en ese colegio..."

El joven Frei afinaba día a día su verdadera personalidad. Era entusiasta y su timidez había desaparecido para ciertas cosas que realmente le agradaban: el estudio y el fútbol. Como estudiante era ahora el mejor alumno de su curso;

como futbolista, su físico recio, alto, aunque delgado, de huesos firmes y pies grandes, le habían convertido en capitán del equipo, ganándole de paso el apelativo de "flaco Frei".

Eduardo Frei era asimismo presidente de la Academia Literaria. Había en él una cierta inquietud intelectual que lo marcaría toda su vida, según decía, heredada de su padre. Alguna vez recordó que sus primeros autores fueron los infaltables Dumas, Salgari y Verne, para pasar luego a rusos como Dostoievski y a ingleses como Dickens. Compañeros de curso recordaron que a los 17 años leyó los cuatro tomos de **La Decadencia de Occidente**, de Osvaldo Spengler, lo que, por un tiempo, le valió el sobrenombre de "Osvaldito".

¿Medicina o Leyes?

A comienzos de 1929, recién cumplidos los 18 años, Eduardo Frei ingresó a la Universidad Católica a estudiar Derecho. Don Eduardo padre se había hecho la ilusión de que el joven inteligente e inquieto, de ya marcada personalidad, sería médico. Pero la carrera era larga y la situación económica no había mejorado. Por el contrario, la mala salud de su padre no auguraba un porvenir muy claro en esta materia. Entonces el joven Eduardo tomó la resolución de ser abogado, con menos años de estudio y más tiempo para trabajar en algo que favoreciera la exigua renta familiar. Fueron momentos de tensión. "Mi padre sufrió mucho con esa determinación mía".

Ese 1929, esos 18 años cumplidos y la entrada a la Universidad Católica marcaron lo que podría llamarse su primer año de "vida pública", en términos bíblicos. Todo lo que él daría en el medio siglo de vida que le restaba, ya se había incubado en su personalidad y sólo se iría perfeccionando. Sería usado y aprovechado a medida que las ricas circunstancias de su vida se lo fueran exigiendo.

Ese año 1929 se inició, asimismo, una transformación en

el carácter del joven Frei. Más sutil, más lenta, pero ¡qué importante! Algo había quedado atrás en el excelente escolar: su sociabilidad, ésa que siendo muy buena de persona a persona, flaqueaba un poco cuando se trataba de enfrentar a grupos de personas. Su timidez innata, su ensimismamiento, el placer de la compañía de un libro, ponían como una leve separación con sus compañeros. ¡Pero si una tarde en la biblioteca de la Universidad de Chile era mucho más agradable que la matiné con sus compañeros o que un paseo por la Alameda con alguna muchacha!

Su largo pololeo con la Maruja Ruiz Tagle

Un día del año 1928 en que cursaba 5º año de Humanidades, después de las clases, Eduardo aceptó la invitación del capitán del equipo de fútbol, Alfredo Ruiz Tagle, y partieron a la casa de este último, en Portugal 115, a una cuadra de la Universidad Católica. Allí encontraron a una muchacha de 16 años, hermana de Alfredo, y todo no pasó más allá de un convencional intercambio de palabras. La familia Frei vivía por entonces en Jofré, entre Lira y Carmen, en el mismo barrio.

Ella recuerda el momento y el personaje. Se veía un muchacho seriote, con cara de estudioso. Luego advirtió que era poco sociable, lo que contrastaba con la manera amistosa de la muchacha, desde hacía poco en plena participación en fiestas. Cuando al cabo de varias visitas otro compañero le hizo bromas con Eduardo, la Maruja contestó que no era para ella.

La amistad se hizo más profunda y entonces la Maruja pudo apreciar las cualidades humanas e intelectuales de su amigo y su sentido religioso. Era de comunión diaria—algo que continuó durante la mayor parte de su vida— y de una actividad incansable en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, muy conocida por su sigla **ANEC**. Uno o dos años antes, a poco de salir del Instituto de Humanidades, Eduardo había pasado por una crisis religiosa y

se había sobrepuesto a ella mediante la ayuda de un joven presbítero, Francisco Vives, y de un sacerdote que por sus condiciones, por su humildad, daría mucho que hablar en el seno de la Iglesia chilena, Carlos Casanueva, Rector de la Universidad Católica.

En la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos

El Chile de 1929 estaba dominado por el signo de la dictadura, la del coronel Carlos Ibáñez del Campo. Se prohibía la actividad política y los universitarios podían reunirse en muy pocos sitios para expresar sus inquietudes. Uno de esos sitios era la **FECH**, Federación de Estudiantes de Chile, con su sede en la Universidad de Chile. Otra posibilidad la ofrecían los Encuentros de los Lunes del Padre Fernández Pradel. Y, por supuesto, estaba la mencionada **ANEC**, de los estudiantes católicos, donde Frei ingresó llevado por su joven amigo, dos años mayor, Bernardo Leighton.

La designación del Presbítero Oscar Larson como Asesor de la **ANEC** dio nuevos bríos al organismo que así entró en su etapa más brillante. Eduardo Frei, designado secretario de provincias, visitó a fines de ese año varias ciudades al sur de Chillán, hasta Puerto Montt, fundando centros. Otro de los talentosos sacerdotes de la **ANEC** fue poco después Manuel Larraín.

Los alumnos más destacados de la Universidad Católica iban a parar a la **ANEC**, donde también había numerosos representantes de la Universidad de Chile. Sus salas albergaban academias y auspiciaban conferencias, tanto religiosas como de cultura general. En enero de 1930 se fundó la **Revista de los Estudiantes Católicos** o **REC**.

No hay mejor manera de hacer sobrevivir las inquietudes del más pequeño grupo que volcarlas en una publicación. Allí en la humilde tranquilidad de los tipos de imprenta recostados sobre el papel, quedan y permanecen

las ideas. En este caso, las de Eduardo Frei, que por entonces ya tenía 19 años.

El primer artículo que se le conoce —destacado por monseñor Fidel Araneda Bravo— apareció en abril o mayo de 1930 en el N° 2 de **REC**, para recordar la figura de un político conservador recién fallecido, don Ventura Blanco Viel. Sus términos son de acendrado catolicismo y por sobre “los progresos materiales inmediatos” él propugna “el ideal que nuevamente luce vigoroso” y continúa: “se vuelve a sentir la necesidad de que algo muy grande alienante y vivifique, que sin esto la existencia no tiene valor”.

Así nacía uno de los mejores ensayistas sociales de Chile.

Su siguiente artículo en **REC**, en los números de enero-febrero y de marzo de 1931, sobre la Acción Católica, es de fundamental importancia para apreciar cómo este muchacho de 20 años manejaba, con la facilidad de un pensador avezado, ideas que sus continuas reflexiones —ya que no su edad— habían ido decantando. Reconoce, desde luego, la línea que separa la acción católica de la acción política y emplea términos que para Chile son una novedad, como “cristianización social”. En su formación religiosa se ve ya, a esa edad, claramente arraigado, un afán de responsabilidad social de los cristianos que no le abandonará jamás.

Ese año 1931 Frei fue nombrado Secretario General de la Acción Católica, recién creada por el Papa Pío XI. El mismo año, en octubre, luego de celebrarse la Primera Semana Social de Chile, de la cual Frei fue su Relator, la revista **REC** publicó íntegro el texto de la encíclica recién aparecida, **Quadragesimo Anno**, que la prensa conservadora deseaba mantener fuera del alcance de sus lectores. Los jóvenes católicos habían descubierto la piedra fundamental de sus inquietudes sociales y también, con estupor, que la primera de estas encíclicas, **Rerum Novarum**, había sido mantenida por 40 años en el silencio. En este número de **REC** aparece también el importante trabajo de Frei titulado **Origen y Causa de la Cuestión Social**.

¿Cómo era este joven católico de 20 años, ya tan destacado? Se le ha pintado así: "Era piadoso, pero no en exceso; le gustaba la liturgia, pero sin caer en el 'liturgismo'. Fue durante un año Presidente de la Juventud Católica y lo hizo bien; pero algunos preferían a otros presidentes, más lanzados, 'más proféticos' diríamos hoy. Su característica era el equilibrio".

Ese equilibrio ya le marcaba y se destacaría en cada uno de sus pasos futuros.

Era equilibrio lo que faltaba en el desquiciado mundo de 1931, con su crisis mundial y, en Chile, con sus revoluciones militares, inquietudes universitarias y, finalmente, la rebelión popular, el alzamiento civil que echó abajo la dictadura y obligó a la renuncia de Ibáñez, quien a pesar de seguir contando con el apoyo de las fuerzas armadas, prefirió irse y no derramar más sangre inocente. Chile no ha olvidado esa fecha: 26 de julio de 1931.

El joven Frei se recibe de abogado y parte a Europa

Financiar sus estudios continuó siendo un problema para Eduardo Frei. Todos esos años había contado con las clases que hacía en las preparatorias (enseñanza básica) del Instituto de Humanidades Luis Campino, con un pequeño puesto administrativo en el mismo colegio y con otras clases en el Instituto Politécnico y en la Escuela Elvira Matte de Cruchaga. Ahora, al cursar los dos últimos años de Derecho ingresó al estudio del destacado abogado y hombre público José Ramón Gutiérrez.

El verano de 1931/32 estuvo enfermo el joven Frei. El año había sido excesivamente pesado para él. Los meses siguientes a su restablecimiento fueron de un andar más pausado, con una enorme satisfacción personal: el 19 de noviembre de 1932 recibió el Gran Premio de la Universidad. Estaba cosechando lo que había sembrado. El niño tímido de la Escuela Pública de Lontué, el melancólico y "pavo" del Seminario, el bueno para los estudios y el fút-

bol del Instituto se había convertido, luego de cuatro años de intensa actividad en la Escuela de Derecho, en uno de los más promisorios jóvenes de Chile. Pero el éxito no se le regalaba; sólo él sabía cuánto había luchado por conseguirlo.

En 1933 hizo una visita de Acción Católica a Antofagasta y como en una película repentinamente acelerada, vio aprobada su Memoria con distinción máxima: **El Régimen del Asalariado y su Posible Abolición**. Luego recibió su título de abogado y el 9 de noviembre partió en viaje a Europa; sí, en un increíble viaje a Europa. En Chile dejaba unas frases pronunciadas desde los balcones del Arzobispado, frente a la Plaza de Armas, repleta esa tarde de gritos y de antorchas. Era la fiesta de Cristo Rey, y Frei, Presidente del Comité Nacional de la Juventud Católica de Chile, entregaba a los jóvenes de su patria el siguiente mensaje: "La justicia no se alcanza ni con el odio ni con la rebelión, sino con el amor que perdona y que levanta".

¿Qué iba a hacer a Europa? Formaba parte, con el Presbítero Oscar Larson y con Manuel Garretón Walker, Presidente de la **ANEC**, de la delegación chilena al Congreso Iberoamericano de la Juventud Universitaria Católica. Quien ha seguido sus pasos, sus avances, sus éxitos, podrá comprender que esta culminación de sus esfuerzos debió ser para él como uno de esos sueños, de esas aspiraciones secretas que no se desea contar a nadie por ser prácticamente irrealizables.

¿Y la Maruja? Quedaba en Chile con un pequeño anillito llamado por nuestras madres "ilusión", algo que sentía al ver partir al amigo predilecto.

En Buenos Aires tomaron el barco italiano "Neptunia" y llegaron a Nápoles a principios de diciembre, justo a tiempo para asistir a la canonización de Santa Bernardita. Luego se iniciaron las sesiones del Congreso Iberoamericano, donde su asistencia no pasó inadvertida. Hacía unos pocos años que él no era una persona para pasar inadvertida. Se le nombró Secretario General del evento y tuvo que trabajar firme. Las compensaciones fueron mu-

chas. Desde luego, en tres oportunidades su grupo visitó al Papa Pío XI y se empeñó hasta obtener una entrevista con el gran escritor Giovanni Papini. Los museos, las visitas, las reuniones lo mantuvieron en la ciudad eterna hasta mediados de enero de 1934, partiendo luego a Asís, Florencia, Milán. El gran espectáculo italiano era el meteórico ascenso de Benito Mussolini, el Duce, y sus amigos fascistas, lo que impresionó a los jóvenes chilenos.

El mes de febrero lo encontró en Francia, donde hizo varias gestiones para ubicar a una tía monja, hermana de su padre, lo que logró en forma inesperada unos minutos antes de salir del hotel, con Garretón, rumbo a Bruselas, donde se efectuarían los funerales del rey Alberto y luego la coronación de Leopoldo.

Estuvo también en Alemania y vio los primeros excesos de la dictadura de Hitler. Volvió a París en marzo. Siempre recordaba las conferencias del gran pensador Jacques Maritain, a las que asistió en el Instituto Católico de París. La impresión que le produjo el contacto con este gran representante del catolicismo social fue perdurable. Luego, rumbo a España, con una visita especial en Madrid al político Gil Robles. Este le oyó en silencio mientras el joven le explicaba con entusiasmo el renacer de la actividad católica juvenil en Chile, después de tantos años de dictadura. Posiblemente le quedó sonando lo que el español le dijo: "La generación futura depende de la Acción Católica, pero no olviden la política..." En España hizo otra gran amistad, Gabriela Mistral, que vivía allí por esos días.

El joven Frei siempre se deleitaba contando su visita a la tía monja. Hermana de la Caridad, en la ciudad francesa de Tours. Cuando se preparaba para una entrevista solemne en claustros oscuros, le recibió en la estación del ferrocarril una religiosa activa, enfermera, que manejaba su propio auto... Luego relataba Eduardo Frei sus tres días de continuas visitas al convento, rodeado de las monjitas, quienes oían en silencio al jovencito alto y flaco que traía la aureola de haber sido recibido por el Santo Padre

y les daba noticias de la desconocida América, mientras le ofrecían bebidas y dulces...

En el puerto español de La Coruña tomó el "Reina del Pacífico" con un pasaje de tercera clase, de regreso a Chile, y en mayo de 1934 su barco entraba a Valparaíso.

Dentro del plan de formación que las circunstancias de la vida le van preparando a cada uno, ese viaje de seis meses por Europa fue para Frei el que le abrió los ojos a una realidad internacional que bien conocía por sus infatigables lecturas, pero que necesitaba confrontar en el terreno mismo. A los amigos que le preguntaron anécdotas del viaje les contestó: "He querido aprender; no para satisfacer curiosidades, que eso mi temperamento no lo permite, sino de aprender para hacer, para realizar... Siempre he pensado en lo que se podría aplicar aquí".

Lo que más le inquietó, evidentemente, fue ver una Europa apretada en las terrazas de los extremismos marxista y nazi. Eso le indicó que ambas doctrinas totalitarias no mostraban el buen camino a la humanidad, que las grandes masas preferían vivir tranquilas, equidistantes de ambos extremos, que había una tercera posibilidad. Entonces comenzó a crecer en él un esquema político diferente, las bases de una nueva sociedad, todo lo cual les costaba comprender a sus compatriotas, embarcados en una concepción simplista de izquierdas y derechas.

De la Acción Católica a la política nacional

Todo el resto de 1934 Frei, ahora de 23 años, continuó publicando en forma permanente sus artículos en **El Diario Ilustrado**, del Partido Conservador, donde ya había estampado sus impresiones de viaje. Ahora le interesaba otro tema, el gran tema al cual dedicaría su vida entera: la política; pero no cualquier política: "Creo en la posibilidad de una política cristiana...", escribía, y luego, "la misión de la juventud de hoy debe ser eminentemente re-

volucionaria en lo espiritual". Recién se había inscrito en la Juventud Conservadora.

Este joven Frei tenía indudablemente amor propio y sentido de responsabilidad, porque de repente se estaba destacando, en poco tiempo, como un periodista ágil y de vasta cultura. Se le ofreció, en consecuencia, la dirección de un diario de provincia, **El Tarapacá** de Iquique, y partió hacia el norte.

¿Cómo era Eduardo Frei, el flamante director de periódico? Hay una semblanza suya en **El Diario Ilustrado**, con el valor de la espontaneidad: "Tiene mucho talento, es muy honrado, es muy serio y muy hondo en sus convicciones. . . , amalgama increíble entre el sentido de la realidad y el ardoroso idealismo . . . Es un muchacho en quien se irá creyendo y en quien se comienza a creer".

No estuvo mucho tiempo solo en Iquique. En enero de 1935 volvió en rápido viaje a Santiago y cambió argollas con quien ya era su novia, la Maruja Ruiz Tagle, y el 27 de abril siguiente se casaron en la capilla del Instituto de Humanidades Luis Campino. Puso las bendiciones don Carlos Casanueva, su viejo amigo y consejero, uno de los sacerdotes que primero había creído en él y le había dado su confianza. Su padre, don Eduardo, postrado en cama por una larga enfermedad, sólo pudo asistir a la ceremonia civil, más corta y en familia. Murió pocos meses después, mientras él seguía en el norte.

"Conocí el norte y le tomé un profundo cariño. . ." Diría Frei. Pero, al principio, no todo le fue fácil. El ambiente del diario era contrario a las ideas católicas y en Iquique lo llamaron "pechoño". Poco a poco se impusieron su sencillez y su capacidad. Hay, incluso, una anécdota que pinta las pequeñas cosas de ambiente chico. A él le convenía, por razones de trabajo, hacer su comunión diaria a mediodía. Pues bien, esto fue mal mirado y hubo señoras "peladoras" que comentaron: "Si comulga tan tarde, en la misa de doce, seguramente es porque pasa las noches de 'parranda'. . ." ¡Si hubieran sabido que las "parrandas" más gran-

des de su vida estuvieron siempre constituidas por la lectura!

El norte dio al joven universitario dos importantes oportunidades que abrirían profunda senda en su vida: escribió su primer libro, **Chile Desconocido**, e hizo sus primeras armas en materia política.

En el libro no debía buscarse, según su juvenil autor, ni un estilo "pulido" ni la frase "cuidadosamente trabajada". Pero, en cambio, entregaba acusaciones de fuego contra la injusticia social: "Nuestro pueblo se está pudriendo. ¿Se puede pedir, entonces, paz y orden social? ¿Se puede hablar honradamente contra el comunismo y aplastar las protestas...? Es así como se engendran y estallan las revoluciones".

Con expresiones como éstas iniciaba Frei una política inédita, la de servir la verdad con la verdad y jamás con la mentira y ver en cada hombre más que un ser anónimo, más que un número, ver "un valor espiritual que tiene un principio y un destino personal que cumplir". Es decir, Frei se iniciaba en la política como un idealista, no como un iluso, como un cristiano, como un político cristiano que quería vivir sus ideas las 24 horas del día.

Las elecciones de marzo de 1937 no le dieron la diputación que buscaba, a pesar de haber obtenido la primera mayoría, porque no obtuvo la cifra repartidora necesaria.

Al cumplir poco más de dos años en Iquique, volvió la pareja a Santiago, aumentada con el nacimiento de la primera hija: Irene.

En la capital, la tienda conservadora vivía horas de gran agitación. La Falange Nacional, creada en 1935, era una juventud demasiado inquieta y la directiva pelucona decidió su reorganización en 1938.

Mi familia es mi alegría y mi orgullo

Eduardo Frei dividía su tiempo entre la nascente familia, su trabajo como abogado —volvió al estudio de José Ra-

món Gutiérrez, en Bandera 172— y la política, sin mezclar jamás las tres actividades, con un orden metódico que le permitía subsistir económicamente, pero con visibles dificultades que bien conocía y callaba la joven esposa. Sin casa propia, su itinerario de barrios revelaba los problemas de la clase media acosada por los arriendos y la necesidad: su hija Carmen nació en la calle Rancagua; Isabel y Eduardo en Antonio Varas; los siguientes: Mónica, Jorge y Francisco en la casa de Hindenburg 683, en la corta y sombreada calle que sale a Salvador y que Frei compró con un préstamo que le concedió la Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Así, su pluma le traía no sólo el agrado de exponer libremente sus ideas sino que le permitía adquirir un bien raíz.

El estudiante concentrado y serio se había convertido en padre querendón, cariñoso y, aún, "consentidor" de sus pequeños hijos.

Sus palabras son expresivas y llevan la emoción contenida de la felicidad en el hogar: "La verdad es que mi vida era mi familia. Mi mujer, que me ha acompañado desde antes de que yo me recibiera (de abogado), cuando era todavía un estudiante y cuando ya estábamos prácticamente comprometidos. Ella logró en mi casa dignidad, tranquilidad, alegría y gran eficiencia. Y mis hijos, mi alegría y mi orgullo".

El dirigente político tuvo ese tesoro inapreciable de un hogar donde siempre llegó a tomar fuerzas y a recuperar las energías gastadas en la lucha por los demás. Ese año 1938 los acontecimientos tomaron un aspecto definitivo y veloz: en septiembre, el increíble asesinato de 63 estudiantes nazis en el edificio del Seguro Obrero; en octubre el inesperado triunfo del candidato de la izquierda, Pedro Aguirre Cerda, a la Presidencia de la República; en noviembre la reorganización de la Juventud Conservadora, lo que fue rechazado por la mayoría de sus miembros.

Frei estaba en la primera línea de las preocupaciones y de las responsabilidades y fue Presidente de la Falange Nacional de 1941 a 1947. Este partido nacía con una idea

muy clara, rechazando toda confusión entre religión y política, precisando, en un momento muy oportuno, que "la Iglesia y la religión están por encima de las luchas de los partidos".

Frei era el representante de un grupo de jóvenes de intensa vida intelectual y espiritual, como no se ha visto en otras épocas de Chile, y Frei se complacía en reconocerlo: "Yo soy un producto de este grupo. Mis amigos han sido cruciales para mi desarrollo... un núcleo que emerge de la fe, la confianza, la seguridad". Se han dado los nombres de algunos de sus compañeros: Leighton, Boizard, Garretón, Tomic, Góngora, Escalona, Sánchez, Palma, Irazábal y muchos otros.

En esos años de la década del 40, Frei tuvo como político cristiano dos graves problemas de conciencia. Uno, mientras ejercía sus funciones de Ministro de Obras Públicas y Vías de Comunicación del Presidente radical Juan Antonio Ríos, desde comienzos de 1945. Sucedió que a fines de enero de 1946 los servicios de orden reprimieron con violencia innecesaria una concentración en la Plaza Bulnes y hubo dos a tres muertos. El Ministro Frei renunció inmediatamente, lo que provocó críticas. Pero él, un hombre de claros principios ¿cómo podía dudar de que éstos estaban por encima de su permanencia en tan alto cargo? Gestos como éste enaltecían su figura limpia, desinteresada. Se dice que unas semanas antes el Presidente Ríos había dicho de él, al verlo pasar con su carpeta bajo el brazo: "Es el mejor Ministro que he tenido. Llegará a ser Presidente". El joven secretario de Estado andaba en los 34 años.

El siguiente problema fue mucho más grave.

Todo comenzó con la posición de la Juventud de la Acción Católica frente a la política anticomunista del gobierno radical del Presidente Gabriel González Videla, en 1947. El asesor general de esa Juventud, Obispo Augusto Salinas Fuenzalida, tomó una actitud severa contra los muchachos y de paso señaló que estaban bajo la influencia perniciosa de "cierta corriente ideológica". Contestó la

Falange Nacional con vehemencia y una réplica de Monseñor Salinas acusó a los falangistas de "vendedores de Cristo por un vil puñado de monedas". Acudieron los falangistas al Consejo de Obispos y éste adhirió a la "condenación del comunismo" de Monseñor Salinas, lamentando que éste hubiera sido públicamente ofendido.

La Falange convocó a un Congreso Nacional Extraordinario, en diciembre de 1947, para resolver su futuro, que incluía la disolución del partido. La temperatura bajó cuando el Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, declaró públicamente que aplaudía "el profundo sentido cristiano" de los falangistas de su diócesis.

La palabra final la tuvo el Cardenal Caro, con conceptos severos por el apoyo preferente de los jóvenes políticos a los "comunistas" antes que al general Franco, pero sin insinuar disolución alguna.

Fueron semanas de una enorme tensión para Eduardo Frei y toda la directiva de la Falange Nacional. Rara vez se vio al joven líder tan preocupado y apesadumbrado por la difícil situación del partido y el cerrado futuro que se le presentaba. Se dice que una tarde al llegar a su casa habría exclamado: "Si esto sigue así vamos a tener que cambiar de giro de negocios. . ."

Lo que más alteraba a Frei, el muchacho ejemplar formado en la Acción Católica, era la seguridad de haber hecho todo lo posible por formar, primero, buenos católicos y luego, buenos políticos. En 1942, contestando una encuesta de la revista **REC**: "¿Estima usted que la formación religiosa del universitario debe ser anterior a su iniciación en las actividades políticas? ¿Por qué?" Había afirmado con claridad una posición irrefutable, válida para todos los tiempos, una posición que permitía además comprender la verdadera mística de su generación. "Se precisa —contestó— la formación y en especial la formación religiosa, profunda, verdadera, formada en la Eucaristía y en el Evangelio, en la oración y en sacrificio. Es decir, debe vivir el cristianismo integral, porque en esta hora no le pedirán respuestas a medias, ni ca-

ridades, limosnas, ni pomadas catolizantes. Le pedirán una respuesta que debe rubricar con la fuerza del ejemplo, con esa pasión apostólica que da el entender y saber la responsabilidad del cristiano en esta hora. Ese joven así formado llegará a la política en su hora y sabrá darle a sus ideas y a su patria esa gran fuerza que significa un hombre cabal, cuya línea está trazada”.

Un joven Senador de 38 años

Luego de dos candidaturas parlamentarias fracasadas, Eduardo Frei entró directamente al Senado en 1949, sin haber pasado por la Cámara de Diputados. Esta vez por el Norte Chico: Atacama y Coquimbo. Salvo el período presidencial de 1964 - 1970, Frei seguiría siendo Senador la mayor parte de su vida.

Pocos años antes, en 1942, había formado estudio de abogado con Jorge Rogers Sotomayor e Ignacio Echeverría Maroto, en Agustinas 1141 y, al mismo tiempo, prestaba su asesoría a la Organización Kappés. Así sacaba sus únicas entradas puesto que la cátedra en la Universidad Católica le había sido negada en una situación confusa con cierto “olor a política”.

Sin embargo, cuando por esos años se le ofreció la Gerencia General del Banco Sudamericano, la rechazó por considerarla inconveniente en su desempeño político. Una vez más Frei se revelaba un hombre de principios acendrados y algo más, según el comentario de su amigo José Domínguez: “El vivía sus principios morales, lo que consideraba algo fundamental; más que eso, trataba de influir sobre los demás, pero con inteligencia y enorme cariño”.

Esta posición de Frei era el resultado de años de estricta formación espiritual y moral. Sin embargo, para mantenerla, y como todo ser humano de recta conciencia, hubo de salvar más de una vez momentos de duda que le

hicieron vacilar y que él superaba apoyándose en el Consejo de familiares y de amigos.

Conociendo a Frei como ya lo conocemos, podemos estar seguros de que no llegó a la Cámara Alta a "vegetar" o a hacer número o politiquería partidista. Llegó, como siempre y a todas las actividades en que le tocó intervenir, a ser el más estudioso, el más preparado, el más responsable, lo que rápidamente lo convirtió en el Senador "más documentado", según los periodistas especializados.

Dejemos que él mismo nos cuente: "Fue una época apasionante. Me obligaba a estudiar, me obligaba a aprender mucho, a oír. Una vida muy intensa y, por lo mismo, muy feliz".

Frei, único Senador de su partido, debió ser un hombre orquesta e intervenir en gran parte de las comisiones. En dos de ellas destacó desde un principio: las de Hacienda y Economía, desde cuyos escaños atacó con serenidad pero con firmeza las erradas políticas económicas y las leyes de presupuesto. Alguna vez se dijo que había sido el terror de los diversos ministros de esas carteras que pasaron bajo las presidencias de Carlos Ibáñez (1952-1958) y de Jorge Alessandri (1958-1964).

Pero ¿es que el sereno y controlado Frei, el hombre equilibrado que sabía oír y guardar la calma, podía destacar hasta hacerse temer con sus apasionadas intervenciones? Es que Frei, en plena madurez, impresionaba por su oratoria.

Había en él dos personas de características bien marcadas y aún disímiles: el político estudioso y el político en acción. El político concentrado en su aislamiento y el líder de masas entusiastas. Su estudio era permanente y en profundidad y todo se iba almacenando en una mente privilegiada. Y cuando tenía que usar este material, lo sacaba a la superficie y su palabra conmovía y convencía, enseñaba, dejaba la sensación de verdad inconvencible por su sinceridad y por su pasión; llegaba al corazón de sus auditores.

Un crítico de su gestión pública reconoció: "Habla golpeado... es solemne, infunde temor... y respeto en todos". Y un amigo: "Su oratoria es una síntesis equilibrada de mesura y audacia, de serenidad y valentía, de fría inteligencia y de calor humano".

La elección presidencial de 1958

En 1952 terminaba su período el Presidente radical Gabriel González Videla y la coalición de gobierno, integrada por la Falange Nacional, debía designar un candidato a la Presidencia de la República para oponerlo al general Ibáñez y al socialista Salvador Allende.

El Senador Frei había sido designado precandidato de ese partido y como tal concurrió a la convención multipartidaria, junto a otros siete precandidatos, pero no logró obtener la primera mayoría. Finalmente, los falangistas apoyaron la candidatura del radical Pedro Enrique Alfonso, que fracasó frente a una inesperadamente grande victoria de Carlos Ibáñez del Campo, el voluntarioso ex dictador de 74 años.

Eduardo Frei entró así, por primera vez en su vida, a la carrera presidencial, donde no triunfaría sino doce años después. En su corta campaña destacó esa vez la orientación cristiana de su misión: "El socialcristianismo representa más que una fuerza electoral, lo que es secundario; representa una grande y vigorosa fuerza de contenido moral..." Mientras tanto, la Falange Nacional y el Partido Conservador, con una votación inferior a la sacada en elecciones anteriores, pactaron una Federación.

El Senador Frei, por esos mismos días, fustigaba duramente en el Senado la inoperancia del gobierno ibañista: "representamos el cuadro de una nación que se desintegra". El anciano general, intrigado por tan decidido crítico, le ofreció los ministerios de Hacienda y Economía y la dirección del Gabinete. Aunque el proyecto de Ibáñez no llegó a realizarse, Eduardo Frei salió realzado en su pres-

tigio y convertido en un hombre con gran porvenir para una futura candidatura presidencial. Esto ocurría en 1954. Tres años después, en 1957, se lanzó la candidatura de Frei a la Presidencia.

Las características de esta verdadera movilización de las pequeñas y aún no bien organizadas fuerzas cristianas las cuenta él con las siguientes palabras: "Fue una campaña. . . , tal vez la más hermosa, la más romántica. . . Nunca habíamos subido de un 4, un 5 o un 6% de la votación nacional. Pero se movilizó la juventud y los profesionales, la clase media y, sobre todo, los sectores populares que le dieron a la campaña un entusiasmo, una vida y un fervor únicos. En esos tiempos no había todavía televisión, así es que yo recorría el país punto por punto, comuna por comuna, rincón por rincón. A veces en el día había diez, doce, catorce actos en que uno hablaba, oía y discutía. Pero cuando uno es joven es capaz de hacer eso y mucho más. Sobre todo cuando uno tiene la sensación de estar representando una causa, cuando uno tiene la seguridad de lo que se está haciendo, de la gente, de los amigos, de los hombres de partido y de las mujeres sobre todo, que ayudaron tanto con un entusiasmo que uno mismo se contagiaba y se sentía feliz de estar haciendo esa tarea. Y yo siempre decía: Vamos a sacar la Presidencia o, si perdemos, vamos a sacar el primer partido de Chile. Y se cumplió exactamente lo que había pronosticado. Perdimos la Presidencia, pero el Partido Demócrata Cristiano, que era el más pequeño, pasó a ser el partido más grande de Chile".

Inmediatamente antes de esta campaña, en 1957, Frei había tenido dos grandes agrados: elección de Senador por Santiago, con primera mayoría, y la formación del Partido Demócrata Cristiano con otras fuerzas afines. Inmediatamente después de la mencionada campaña sufrió, en cambio, uno de sus golpes más fuertes: murió su viejo amigo y compañero de luchas juveniles, acompañante del primer viaje a Europa y brillante líder político, Manuel Ga-

rretón Walker. Pocas veces en su vida se le vio más abatido.

¿Por qué perdió Frei la Presidencia en 1958? Se atribuye mucha importancia a una carta que no quiso enviar al Partido Conservador, solicitando sus votos. Ricardo Boizard, su compañero, ha escrito lo siguiente como un aporte para que lo juzgue la historia (**La Democracia Cristiana en Chile**, 1963): "Tuvo en su mano la Presidencia de la República. Es el único que puede decir que rechazó una banda presidencial por un principio. Sé trataba sólo de escribir una carta, una sola carta, un simple papel en que apareciera su firma y que la orgullosa prepotencia de los conservadores pudiera después mostrarla como prueba de abdicación doctrinaria. Hubo todas las razones que en esos casos se dan y que antes expuso Maquiavelo en sus consejos al Príncipe: se puede escribir sin comprometerse, se puede sellar un compromiso sin cumplir, se puede esto y se puede aquello. Todo se puede, pero hay una cosa que Frei no puede y es dormir con la conciencia intranquila... Frei no escribió la carta y siguió adelante transformándose en la figura nacional más importante, más pura, más honesta y más desinteresada de Chile".

No fue ésta la opinión de todos. Jorge Alessandri comentó con ligereza (**El Mercurio**, agosto 28, 1957) que sólo la "debilidad" de Frei lo había persuadido a presentarse.

Así comenzaba el mito de la "debilidad" de Frei, confundiendo su insobornable apego a los principios, su decisión de mantener después de las elecciones lo que prometía como candidato, su intransable actitud de una sola moral para la vida privada y la vida pública. Todo esto fue difícil de entender para muchos en el viciado ambiente de la politiquería. La "debilidad" de Frei... ¿Habría acaso surgido como el mejor si no hubiera tenido un poderoso carácter? ¿Quién podría honradamente hacer sinónimos de carácter a la prepotencia, a la tozudez, a la intransigencia, a la arbitrariedad?

Frei es elegido Presidente de la República en 1964

Es cierto que en 1958 no se había conquistado la Presidencia de la República, pero era enorme la experiencia ganada. Enseguida, el pequeño núcleo de la Falange Nacional, que alguien bautizó más como una academia de estudios que como un partido político, veía sus filas cada vez más compactas con un electorado que iba desde el obrero industrial y el agrícola, a la clase media y al profesional de clase media alta, atrayendo también en un entusiasmo contagioso a quienes jamás habían pertenecido a un partido político: a las poblaciones marginales de la capital.

Pero todos estos éxitos no envanecían a Eduardo Frei. Su vida seguía el mismo ritmo que ya le había impuesto y si algún pequeño gusto se había dado consistía en una casa de verano en Algarrobo, donde los siete hijos revoloteaban a su alrededor en los días de vacaciones.

Y a los éxitos nacionales había que agregar uno de categoría internacional: la Presidencia del Tercer Congreso Mundial de la Democracia Cristiana, en 1961.

Comenzaba así su segunda campaña presidencial y sus discursos, como siempre, dejaban de lado los fáciles halagos demagógicos. El seguía siendo un católico de sólidos principios que vivía esos principios; su escala de valores no variaba ni podía variar: mejorar al hombre y darle una oportunidad de vida digna. Por eso insistía en 1963: "Es indispensable fortalecer los valores espirituales... Deseo que se cree una sociedad en que los valores humanos sean respetados en todas sus formas..."

El 4 de septiembre de 1964, Eduardo Frei Montalva, el hijo del contador suizo, salía elegido Presidente con 56,1% de los votos, es decir, con la más alta mayoría que se recordaba en la historia de Chile. El país se había polarizado en dos grandes grupos que representaban, por una parte, al abanderado de la Democracia Cristiana y por la otra a Salvador Allende, apoyado por socialistas y comunistas.

En el mes de marzo siguiente, las elecciones parlamentarias confirmaron su designación con vasta mayoría.

Es fácil perder la calma, la serenidad, en el momento de la victoria. Hay por ahí párrafos de un discurso acreditando que eso no pasó con Frei y que lo pintan de cuerpo entero: "Recibimos este triunfo con modestia, no como hombres que se envanecen con el triunfo. Grande es el partido que triunfa, pero no hay que olvidar nunca que más grande es Chile, y que el gobierno, los partidos y los hombres no son para servir ni a un partido ni a un gobierno ni a un hombre. Estos triunfos son del pueblo, son para servir a la patria y para servir a todos los chilenos".

Si hubiera que fijar la personalidad de este hombre excepcional, me parece que esa oportunidad y esas palabras suyas podrían delinear, mejor que muchas páginas, su retrato moral.

La variación más importante en su vida personal, en su vida diaria, consistió en más trabajo, en darse aún más completamente al servicio de todos. Pero siguió viviendo en su modesta casa de la calle Hindenburg y caminó muchas veces con un amigo, despreciando el auto, hasta su oficina.

Tanto o más que el trabajo material era la responsabilidad de no fallarle al pueblo, especialmente al más humilde, al que más se había ilusionado con su palabra, con su aspecto de hombre bueno, de hombre honrado, de hombre sincero.

El, gran organizador, sabía dirigir y controlar, sin necesidad de acaparar decisiones, porque confiaba en sus colaboradores: "Aprendí que no se pueden tocar todos los instrumentos, sino estar con la oreja parada para que todos toquen bien". Y agregaba: "En cada uno de los sectores se requiere un equipo. Lo principal es que esos equipos estén coordinados por una idea central, que estén animados por un mismo espíritu".

Vale la pena recordar la experiencia de su secretaria, Adriana Leiter, fiel colaboradora, eficiente profesional. Nadie mejor que ella para coger al vuelo otro de los ras-

gos de la personalidad de Frei: "Tenía una increíble capacidad de trabajo. 'Adrianita, quisiera dictarle', era la frase con que acompañaba todos los días su cordial saludo matinal. Como si trajera ya armada en su mente la materia completa que abordaría, comenzaba a hablar de corrido mientras se paseaba por su despacho sin interrupción. Me maravillaba la sorprendente lucidez de sus ideas, la rapidez con que pasaba de un tema a otro, aparentemente sin esfuerzo alguno, como una fuente inagotable de la cual manara su pensamiento de hondo contenido, su cabal conocimiento de los temas más disímiles".

Frei se daba difícilmente por satisfecho con sus borradores y los corregía una y otra vez. Le agradaba dar a leer los borradores de libros a sus amigos íntimos, aceptando con interés y humildad sus insinuaciones o correcciones. Evidentemente se sentía más a sus anchas dictando, es decir, hablando, que escribiendo directamente en una hoja de papel. Era un orador nato y sus ideas fluían con más facilidad cuando eran expresadas en voz alta.

Por esos días se hacía una broma en el palacio de La Moneda, y es que este afán de corrección haría un día correr al Edecán de servicio hacia el Congreso Nacional, con la última versión del Mensaje Presidencial del 21 de Mayo destinado a la sesión solemne...

El buen humor del Presidente

Los problemas del Presidente Frei fueron numerosos durante su sexenio, especialmente tener que gobernar sin mayoría en el Senado, lo que le produjo, desde luego, la negativa parlamentaria para poder viajar a los Estados Unidos en 1969, cuyo gobierno lo había invitado. Otro problema que lo tocó profundamente fue, sin duda, la rebelión de grupos de la juventud demócrata cristiana, deseosos de marchar más rápidamente, de hacer una realidad inmediata la consigna "Revolución en Libertad". Alguien comentó después: "Frei fue un hombre visceralmente mo-

derado, aunque un moderado con pasión por Chile, por sus pobladores, por sus campesinos... y los moderados no hacen revoluciones”.

Ahora bien, creer que Frei podía hacer llegar sus revolucionarios afanes de cambio hasta cerrar el Congreso Nacional, era equivocarse totalmente de personaje.

Otros asuntos que le afectaron hasta muy dentro —especialmente conociendo su respeto por el pueblo— fueron los desgraciados incidentes en el mineral de El Salvador y en Puerto Montt, con pérdida de algunas vidas humanas. El, a cientos de kilómetros de distancia, lo lamentó más que nadie.

Pero naturalmente hubo aciertos de envergadura y él siempre estuvo orgulloso de la promoción popular, de la chilениzación del cobre, de la Reforma Agraria, de la Reforma Educacional, entre muchos otros.

Si hubiera que elegir una nota característica de su forma de gobernar podría ser el trato directo y humano con los pobres. Quería, eso sí, un pueblo viril, un hombre de campo con la vista en alto y no mirando al suelo y contestando monosílabos, como era la costumbre hasta entonces. El contó que un campesino había comentado: “Este señor habla con la misma boca de nosotros”. Frei deseaba ser recordado con el elogio: “Sirvió a los pobres”.

Frei era irrenunciablemente optimista y jamás un problema de gobierno le hizo perder ese optimismo. Sabía, además, sortear los momentos de tensión con un humor contagioso que le era muy propio. “Su risa —se dijo— le nacía del alma” y era el primero en celebrar una broma. Un periodista de esa época describió así esta particularidad del político chileno: “Frei, contando chistes, es un espectáculo. Lo hace con mucha gracia, imitando voces y gestos; cuando termina es el primero en celebrarlo y no ríe con la boca ni con la cara. Se ríe entero. Las carcajadas las suelta a todo volumen... su risa es contagiosa”.

Este es el esbozo biográfico de un hombre múltiple, que entre varias actividades ejerció la de Presidente de la República, y no corresponde aquí un análisis de su gobierno.

Lo que interesa es constatar que este hombre de gran inteligencia, sensibilidad y carácter, supo usar al máximo esas condiciones naturales con un claro sentido social, luego de un período de preparación en que predominaron la austeridad y un sentido de responsabilidad escaso entre los chilenos.

Su presencia —y la de sus jóvenes colaboradores— animó el viejo Palacio de Toesca. El pueblo entró y salió, como ya era tradicional, del Patio de los Naranjos y admiró con sus hijos los viejos cañones del Patio de la Fuente.

Nada más extraño a su gobierno que lo ceremonioso o el exceso de protocolo. Había un espíritu democrático que circulaba libremente por salones de tradiciones y tapices algo desgastados. El dirigió todo con la tranquilidad y la sencillez de quien parecía haber nacido para eso.

Alguna vez sus hijos llegaron al Palacio y se cuenta que el menor de ellos, Francisco Javier, le dejó entre sus papeles importantes un juguete que entonces estaba de moda, un "yo-yo". El lo descubrió con sorpresa una tarde que buscaba antecedentes, frente a un Ministro expectante, y soltó la carcajada al verlo.

Para evitar que su alto cargo terminara con la cálida vida familiar, Eduardo Frei dispuso que en su casa, al abrir la puerta de Hindenburg dejaba de ser Presidente. Todo esto con algunas consecuencias que él recordaba así: "Cuando se provocan discusiones y me siento desbordado, invoco en vano mi calidad de Presidente para imponer orden", y continuaba contando, jocosamente: "porque en ese mismo instante, encabezados por mi mujer, toda la familia se lanza y me para el carro diciéndome: 'aquí no eres más que Eduardo Frei y punto' ". Frei terminaba su anécdota moviendo sentenciosamente la cabeza: "Bueno, estos son los riesgos de la democracia".

Aunque la Presidencia de la República fue el cargo más importante que tuvo, vale la pena insistir en que ni le alteró sus costumbres ni interrumpió su siempre presente inquietud cultural ni le afectó como ser humano, tan fuerte era el control que tenía sobre su persona.

La vida de Frei, el Presidente, se pareció casi por completo a la del político joven o del Senador de años anteriores. Es ilustrativo reproducir el siguiente diálogo (Clarín, marzo 3 de 1965) que tuvo con un periodista:

—A mi casa llevo a descansar: Me voy generalmente entre ocho y media y nueve, cansado. Comemos con la Maruja y los chiquillos, conversamos de cualquier cosa y a las diez y media estoy acostado. Leo, lo que siempre es una delicia para mí, y a las doce y media me duermo.

—¿Sin pastillas? ¿Las preocupaciones...?

—Si tuviera que tomar pastillas para algo tendría que ser para despertar (risas). Hay algunos que se creen superhombres... yo no soy un "superman" —Frei abre los brazos y hace un gesto de resignación—. Ninguna preocupación me quita el sueño. El día antes de la elección dormí tranquilamente y a la mañana siguiente les costó muchísimo despertarme (más risas).

—¿Y en Viña del Mar?

—Los domingos me levanto temprano y juego tenis. Después nado una hora o dos y quedo como nuevo, para dedicarme toda la tarde a leer.

—¿Va al cine?

—Me gustaba mucha, íbamos siempre. También me gusta el ballet... ¿pero cómo? ¿Cuándo?

Hasta aquí la entrevista.

El humor, una vida sencilla y el apoyo familiar fueron los secretos de Frei, el Presidente, para hacer frente a los seis largos años en el Palacio de La Moneda, de 1964 a 1970.

Paralelamente a todas sus constantes preocupaciones de gobierno, Frei tenía lo que él declaraba un "hobby": la reforestación de Chile, destinada a detener la erosión. "El desierto del norte ya llega a Colina —decía—, nos estamos quedando sin territorio".

Entonces sucedió algo curioso. Prefirió firmar la Ley Forestal ante la juventud, ante muchachos y muchachas de los colegios de Chile, para iniciar así "su" campaña de respeto al árbol, una campaña lenta, para una o más generaciones. De un hermoso discurso en esa oportuni-

dad (septiembre 10 de 1965) extracto los tres párrafos siguientes:

"Creczan junto al árbol. Creczan junto a millones de árboles. Y cuando crezcan Uds. verán crecer su patria. Qué cosa más linda ver crecer la patria hacia arriba.

"Hay tanta gente que pelea por ganar la patria a costa del que está al lado. Enseñemos en Chile que también los países crecen hacia arriba. Como crece el hombre crece el árbol y así cuidemos la vida del árbol, que es como la vida de la tierra chilena.

"Defendamos la belleza del árbol, la belleza de Chile, los recursos de Chile. Esa es la tarea de los niños y de la juventud. Enséñenla Uds., niños, para que la aprendan también los grandes, quienes no la han sabido hacer hasta ahora y han permitido que los árboles desaparezcan y el desierto avance. Que los niños de Chile no vivan mañana en un país donde el desierto crece, sino que vivan donde crece y mejora la naturaleza y la vida."

Este Presidente singular, este hombre sensible, había encontrado el tiempo suficiente para dar a la juventud una lección de vida y de belleza.

Rara vez se vinculó con tanto acierto el porvenir del hombre y el porvenir de la naturaleza, en un abrazo tan estrecho, como lo hizo el Presidente Frei en esa mañana de septiembre.

El Presidente de Chile visita a los grandes de Europa

Como digo, Eduardo Frei confirmó en el Palacio de los Presidente de Chile el mismo aire de sencillez y de libertad que había sido tradicional en nuestra historia. La campaña, llamada de Promoción Popular, elevó la categoría de las instancias directas del pueblo para tratar sus asuntos con el gobierno. CEMA Chile valorizó el trabajo del artesano, sobre todo de la mujer sencilla, que pudo vender sus producciones a mejor precio y, aún, exportarlas.

Pero Frei aportó algo inédito: los contactos personales del Presidente de Chile con los jefes de Estado de los demás países del mundo.

Su viaje a Europa fue un ejemplo.

A mediados de 1965 inició una visita oficial a Gran Bretaña, Italia, Francia y Alemania Federal. Por primera vez la realizaba un Presidente de Chile. Todo partió con la invitación de la reina Isabel II —quien le devolvió después la visita a Santiago—. Las fotografías y los filmes han dejado para la posteridad el imponente desfile en carroza por las calles de Londres, la ceremonia en el Parlamento, el banquete en Palacio.

De Italia se recordará su recepción y alojamiento en el Palacio del Quirinal, su visita al Papa Paulo VI, su discurso desde el Municipio de Roma, ante decenas de miles de italianos.

En Francia, en el París que le conoció muchacho, tratando de arrancarle al frío en los museos de la ciudad, el general De Gaulle se expresó de él como "uno de los más destacados estadistas de nuestro tiempo", y Jacques Maritain, su profesor del Instituto Católico de París, ya anciano, viajó especialmente desde Alsacia para expresarle: "la obra que está realizando no es sólo interesante para Chile y América, sino para el mundo entero". El banquete del Palacio del Elíseo reunió a 3.000 personalidades, Versalles se engalanó para un latinoamericano calificado por la prensa europea como "la personalidad más significativa de ese continente" y 30.000 banderas chilenas ondearon en avenidas y plazas de la Ciudad Luz.

En Alemania Federal lo recibieron el Presidente Lübke, el Primer Ministro o Canciller Erhard, y en un gesto que denotaba su amistad y su admiración por Frei, el ya retirado Konrad Adenauer, constructor de la Europa de posguerra y una de las figuras más prestigiosas del viejo continente.

Admiración por una pequeña pero ejemplar democracia de América Latina y, sobre todo, simpatía y buenos deseos para su más auténtico representante. Frei resumió

el éxito de su gira con estas palabras: "Así es el prestigio de Chile".

Eduardo Frei hizo viajes a casi todos los países sudamericanos y recibió en Santiago, en seis años, a no menos de 15 altos dignatarios: reyes, jefes de Estado, jefes de gobierno, quienes llegaron al último confín del continente americano a conocer al hombre del día y su experiencia de gobierno.

Alguna vez se dijo que Frei le quedaba grande a Chile. Me parece un asunto mal planteado. Sería más acertado decir que Frei, siendo entrañablemente americano, supo mantener en alto las peculiares características de la civilización de esta parte del mundo, pero no sus defectos, que por herencia y formación supo eludir y vencer, dando así un ejemplo a la juventud chilena y americana en general.

Despedida de La Moneda

A fines de su período, los problemas y las presiones políticas le hicieron alguna vez detener su marcha, brevemente, pero siempre volvió a recomenzarla. En esos momentos de preocupación —"no soy un 'superman'", había dicho— exclamó: "Muchas veces, trabajando en mi oficina, viendo la complejidad de los problemas, no diré que me siento abrumado, porque tengo demasiada confianza en mi patria y sé que siempre saldremos adelante; pero a veces uno siente que no hay comprensión, sino que hay sólo críticas..." Un hombre tan comprensivo como él tenía derecho a esperar comprensión, pero ¿qué jefe de Estado la tuvo amplia y completa durante su mandato? En cuanto a la crítica, de acuerdo a lo que ya se había convertido en tradición para la Democracia Cristiana, la recibió su gobierno de los dos extremos, de la izquierda y de la derecha.

Frei representó esencialmente una forma animosa de ver el mundo y de construir la nueva sociedad que ansia-

ba; también, una manera directa y esperanzada de avanzar por sobre las dificultades.

Las elecciones presidenciales de septiembre de 1970 no dieron el triunfo al programa de continuación democrática cristiana que él había iniciado y Frei se dio cuenta que se avecinaban días inciertos. El estaba preparado para enfrentarlos: "No me excluiré de mis responsabilidades políticas... lucharé por los mismos ideales de siempre". Cuando muchos comenzaban a abandonar el país, él exclamó: "Permaneceré en mi patria, junto a los míos, para dar un testimonio de mi fe en su destino y en la defensa de sus valores profundos, porque creo en Chile".

Al abandonar La Moneda debió sentir la natural desazón de quien no puede realizar todos sus sueños de servicio a los demás. Es seguro que contempló un momento la fuente española, que unos años desde la Plaza de Armas y otros desde la casa de Toesca había sido testigo de la actividad patriótica de los gobernantes chilenos. Quizás el hilo de agua le recitó esas palabras que él pronunciara unos meses antes, el 21 de mayo de 1970, en el Congreso Nacional: "Veo con claridad que grandes tareas y riesgos nos esperan, pero tengo también plena confianza en la capacidad profunda del chileno para tomar conciencia de su destino y salir adelante"; y que continuara con otras plenas de esa sinceridad tan suya: "Desde lo más profundo de mi corazón doy gracias a Dios que me ha permitido participar en este momento de nuestra historia".

Si hubiera que resumir el significado más humano, más entrañable de ese gobierno, deberían usarse las palabras que el Cardenal Raúl Silva Henríquez pronunció durante las honras fúnebres del Presidente Frei, el 25 de enero de 1982, en la Catedral Metropolitana: "Hermano Eduardo Frei... tu muerte también ha sido vencida... y una voz que tú reconoces te invita: Ven, bendito de mi Padre, yo tuve hambre y tú me diste de comer en los pobres de Chile, yo estaba sin casa y tú procuraste una habitación digna para mí, no tenía tierra para trabajar y tú supiste recono-

cerme en los campesinos, yo estaba en la cárcel y tú me fuiste a ver, me encontraba humillado y tú levantaste tu voz para defender mi dignidad..."

Eduardo Frei, escritor y humanista

A partir de noviembre de 1970, el líder político tuvo más tiempo para volver al cultivo de las letras, a sus libros, a sus conferencias, tanto en el país como en el extranjero, completando una obra que en su especialidad del ensayo político-social es una de las más destacadas del país, en la línea de Alberto Edwards.

Ya se mencionó **Chile Desconocido**, de 1937, cuando él tenía 26 años. Una valiente denuncia contra los abusos cometido en ese país ignorado, el de los pobres y los débiles.

Luego, en 1940, las prensas dieron a conocer su segundo libro, **La Política y el Espíritu**, una de sus obras fundamentales, profundas, una de las dos que él más apreciaba, con prólogo de Gabriela Mistral, donde se lee: "Una de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur: claro como un diamante y lleno de lucidez viril".

Dos años después, en 1942, salió **Aún es Tiempo...**, que Frei dio a conocer "angustiado por los acontecimientos". La dedicatoria que él puso en ese libro pinta de cuerpo entero al luchador apasionado y podría constituir su bandera de combate, por sobre intereses mezquinos o pequeños cálculos: "A los que sufren las injusticias y la mediocridad presente y desafiando el sacrificio, la pobreza y aún el fracaso, están dispuestos a luchar con fe por una patria mejor".

Cuando uno se pregunta qué había en la personalidad de Eduardo Frei que atrajera tanto a la juventud, que moviera al pueblo; cuando uno se pregunta dónde residía su carisma, habría que contestar que todo esto residía en una per-

sonalidad capaz de pensar grande y de vivir sus ideales, de lo que da cuenta la dedicatoria transcrita.

En 1949 salió su cuarto libro, **Historia de los Partidos Políticos Chilenos**, como complemento del estudio de Alberto Edwards; y en la década del 50, durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez, tres libros de recia crítica social: **Sentido y forma de una política, Pensamiento y Acción** y **La Verdad Tiene su Hora**. En este último libro, otro de los que él consideraba importantes, ya anunció premonitoriamente: "Este pueblo que en el pasado supo encontrar la fórmula política que le dio sitio y honra en una América sumida en la confusión, se encuentra ahora al borde de una profunda crisis".

En 1967, durante su Presidencia, salió el libro **América Latina tiene un destino**, con ocho de sus discursos más importantes.

En la década del 70 aparecieron sus libros postreros, entre los cuales conviene destacar **Un Mundo Nuevo** (1973), **El Mandato de la Historia y las Exigencias del Porvenir** (1975), **Futura Institucionalidad de la Paz en Chile** (1977) y, otra de sus obras señeras, **América Latina, Opción y Esperanza** (1977), con un resumen del pensamiento que mantuviera durante toda su vida política.

En julio de 1981, seis meses antes de su fallecimiento, Frei publicó su último libro, **El Mensaje Humanista**, para destacar los llamados de paz del Papa Juan Pablo II, a quien visitó tantas veces y cuya figura admiraba. Las últimas palabras del último capítulo pueden servir como el testamento espiritual del pensador chileno:

"Presentar esta opinión humanista, asentada en una confianza fundamental en el hombre, en el reconocimiento de sus derechos, en el repudio de toda forma de violencia, en el uso de métodos que se conforman con ese pensamiento por su naturaleza individual y social, implica constituir fuerzas políticas y sociales que deben asumir a su propio riesgo su presentación, defensa e implementación.

"La oportunidad que se presenta para ejercer esta opinión es única ante el desmoronamiento de tanta falsa ilusión, de tan cerrado dogmatismo, de tanto culto al poder y al dinero, de tanta violencia y de tanta mentira disfrazada con los nombres respetables de la democracia, del humanismo y de la libertad."

Sus últimos años

La vida de Eduardo Frei en sus últimos diez años fue la de un luchador por la libertad, la democracia y la justicia social, que jamás claudicó, justamente en momentos en que no se respetaban esos valores en la América española y en su patria.

Era asimismo un hombre de pensamiento y siguió combatiendo con armas que le eran propias: la pluma, las conferencias, las reuniones. Su oficina —aún su casa— fueron continuamente visitadas por quienes confiaban en la claridad de sus ideas y en la firmeza de sus convicciones.

Durante esos años viajó permanentemente al extranjero, donde las universidades le abrieron sus puertas para oírle; además fue miembro —uno de los dos latinoamericanos— de la importante Comisión Norte/Sur, dirigida por el ex Canciller alemán Willy Brandt; y por cierto, escribió continuamente y entregó sus textos en muchos países para su impresión.

Había algo que hizo sufrir especialmente a este chileno de calidad: el afán desorbitado de cambios que movía al gobierno del Presidente Salvador Allende hacia la extrema izquierda, y al gobierno del general Pinochet hacia el autoritarismo. No cabía duda, el país había perdido la ecuanimidad y la sensatez, el sentido del equilibrio en que él tanto se había empeñado toda su vida. Desde mayo de 1973, como Presidente del Senado, pasó a dirigir el segundo poder del Estado.

En un último artículo publicado después de su muerte (**Cartas de Lord Chesterfield a su hijo**) se lee: "No con-

fíes, hijo mío, en que un pueblo pueda alcanzar su felicidad si comienza a bambolear de un extremo a otro, sin mesura ni buen sentido. La experiencia histórica nos enseña que los pueblos que viven estas fluctuaciones no conocen la estabilidad, la inseguridad los roe y casi siempre terminan en la violencia”.

En los últimos meses de su vida alcanzó a redactar alrededor de 100 páginas de sus **Memorias**, que comprenden la infancia, la juventud y el viaje a Europa de 1933/34.

El 22 de enero de 1982, seis días después de cumplir 71 años, le sorprendió la muerte... Con él desapareció un cristiano a carta cabal, un hombre generoso y humano, un pensador original y de gran fuerza expresiva, un estadista de excepción, un político honesto.

Dijo el Cardenal Raúl Silva Henríquez en sus funerales, dirigiéndose a la juventud: “Fue el ejemplo luminoso de un político cristiano. La Iglesia no desprecia la actividad política, por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima y exhorta a sus hijos a evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluso la dimensión política”.

Fue el sabio homenaje de la Iglesia.

La cultura, en otro plano asimismo valioso, le dio la despedida. Fueron Nicanor Parra y sus versos:

“Eduardo Frei, Eduardo Frei,
todo Chile te llora consternado
que de tu ceniza brote la luz
y la reconciliación de la familia chilena.”

Este bosquejo biográfico debe terminar.

Eduardo Frei ya es parte de la historia patria y no morirá. También es parte de esa otra historia humana, que tampoco muere y se transmite de boca en boca.

Pasarán los años, las generaciones se irán sucediendo y una mañana cualquiera, en una modesta sala de clases de Lontué o Iquique, o de Santiago, un muchachito leerá estas palabras del Presidente Frei, pronunciándolas lentamente y mostrando las letras con su dedo:

“Tengo un inmenso amor por mi patria
Este Chile es muy hermoso
Tengo confianza en mi país y en los chilenos
Sobre todo en el pueblo
Creo que éste es un país de libertad
Un país que ama la justicia
Que ama la dignidad
Y que ama el trabajo y el esfuerzo
Yo creo que éste es Chile”. (De **Profundis**)

SERIE HEROES DE NUESTRO TIEMPO. EDITORIAL SALESIANA

Chilenos

14. Alberto Hurtado
20. Camilo Ortúzar Montt
21. Laura Vicuña
26. Arturo Prat
44. Padre Negro
45. Ceferino Namuncurá
56. Eduardo Frei

Universales

1. Mahatma Gandhi
2. Martin Luther King
3. El Abate Pierre
4. Los héroes del río Kwai
5. Pablo Tahashi Nagai
6. Albert Schweitzer
8. Raúl Follereau
9. Roberto Baden - Powell
10. Teilhard de Chardin
12. Alexis Carrel
27. Teresa de Calcuta
28. Tomás Moro
34. Edmund Hillary
35. Roger Schutz
49. Konrad Adenauer
53. Edith Stein

De la Iglesia

7. Juan XXIII
11. Maximiliano Kolbe
13. Don Bosco
15. Juan Bautista de la Salle

16. María Mazzarello
17. Lucía, Francisco y Jacinta
18. José Kentenich
19. Sta. M^{te} Eufrasia Pelletier
22. Domingo Savio
23. Santiago Alberione
24. Paulina von Mallinckrodt
25. Bernardita
29. Juan Pablo II
30. Miguel Rúa
31. Don Orione
32. Marcelino Champagnat
33. Vicente de Paul
36. Gaspar del Búfalo
37. María Josefa Rossello
38. Eugenio Eyraud
39. Paulo VI
40. San Francisco de Asís
41. Dom Helder Camara
42. Edel Quinn
43. San Francisco de Sales
46. Mateo Ricci
47. Sto. Domingo de Guzmán
48. Pablo, el primer misionero
50. L. Versiglia y C. Caravario
51. José Fagnano
52. Sor Catalina de María Rodríguez
54. Dorotea Chopitea
55. S. Magdalena Sofía Barat
57. Federico Ozanam
(en preparación)